

A LOS CATEQUISTAS DEL ARCIPRESTAZGO DE VALDEMORO

Encuentro del 14 de marzo de 2009

LA INICIACIÓN CRISTIANA

Me han pedido que abordemos un asunto muy importante: el de la Iniciación Cristiana. ¿De qué se trata? ¿Qué es la iniciación cristiana? Es la función por la que la Iglesia hace nuevos cristianos, es decir lleva a cabo la misión fundamental que Cristo dio a los Apóstoles antes de ascender a los cielos: “Se me ha dado pleno poder, en el cielo y en la tierra. Id pues y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt. 28, 18-20)

Hacer cristianos, a esto se refiere la expresión “Iniciación cristiana”.

I.

Ahora, ¿cómo hace esto la Iglesia? –Por la **Palabra** y los **Sacramentos**. Por el ministerio de la Palabra y por la celebración de los Sacramentos. El ministerio de la Palabra, el servicio de la Palabra es, a su vez, una realidad muy amplia: ministerio de la Palabra es el primer anuncio de Jesucristo, ministerio de la Palabra es la catequesis de iniciación, es también la predicación, es la enseñanza, es la exhortación, la explicación del Evangelio... Es decir el ministerio de la Palabra es una realidad muy amplia que está presente en toda la vida de la Iglesia. Lo mismo ocurre con los Sacramentos, son siete, y hacen referencia a toda la riqueza de la gracia de Dios que da vida, que purifica y que capacita para la misión.

Tanto del ministerio de la Palabra como de los Sacramentos, tenemos que concretar cuáles son los elementos que usa la Iglesia para hacer nuevos cristianos. Entre las formas del ministerio de la Palabra que son necesarias para la Iniciación Cristiana, tenemos dos formas: el **primer anuncio** y la **catequesis**. Entre los sacramentos tenemos tres, los llamados sacramentos de iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Estos tres, juntos, y en este orden.

Ya tenemos, pues, los elementos por los que la Iglesia hace nuevos cristianos: el primer anuncio y la catequesis, la celebración del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. Y no sólo tenemos enumerados así los elementos de la Iniciación sino su verdadero orden: todo comienza con el anuncio del Evangelio y culmina con la Eucaristía, que es, como dice el Concilio, cumbre y fuente de la vida cristiana.

Para empezar a ver qué lugar ocupa cada uno de estos elementos vayamos a un documento importante, el Directorio General de Catequesis, un documento de la congregación para el clero, que acompañó la publicación de la Edición Típica del Catecismo de la Iglesia Católica. Ambos documentos, Directorio y Catecismo, son documentos magisteriales, aunque de rango distinto, que hay que leer y entender en unidad, al menos por los pastores y los

responsables de la Iniciación cristiana. Ambos textos fueron dados el 15 de agosto de 1997. Nos centraremos ahora en unos números del *Directorio General para la Catequesis*:

PRIMER ANUNCIO Y CATEQUESIS

61. El **primer anuncio** se dirige a los no creyentes y a los que, de hecho, viven en la indiferencia religiosa. Asume la función de anunciar el Evangelio y llamar a la conversión. La **catequesis**, «distinta del primer anuncio del Evangelio», promueve y hace madurar esta **conversión inicial**, educando en la fe al convertido e incorporándolo a la comunidad cristiana. La relación entre ambas formas del ministerio de la Palabra es, por tanto, una relación de distinción en la complementariedad.
- El primer anuncio, que todo cristiano está llamado a realizar, participa del «id» que Jesús propuso a sus discípulos: implica, por tanto, salir, adelantarse, proponer. La catequesis, en cambio, parte de la condición que el mismo Jesús indicó, «el que crea», el que se convierta, el que se decida. Las dos acciones son esenciales y se reclaman mutuamente: ir y acoger, anunciar y educar, llamar e incorporar.
62. En la práctica pastoral, sin embargo, las fronteras entre ambas acciones no son fácilmente delimitables. Frecuentemente, las personas que acceden a la catequesis necesitan, de hecho, una verdadera conversión. Por eso, la Iglesia desea que, ordinariamente, una primera etapa del proceso catequizador esté dedicada a asegurar la conversión. En la «misión ad gentes», esta tarea se realiza en el «precatecumenado». En la situación que requiere la «nueva evangelización» se realiza por medio de la «catequesis kerigmática», que algunos llaman «precatequesis», porque, inspirada en el precathecumenado, es una propuesta de la Buena Nueva en orden a una opción sólida de fe. Sólo a partir de la conversión, y contando con la actitud interior de «el que crea», la catequesis propiamente dicha podrá desarrollar su tarea específica de educación de la fe.
- ...

LA CATEQUESIS, “MOMENTO” ESENCIAL DEL PROCESO DE LA EVANGELIZACIÓN.

63. La Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, cuando sitúa a la catequesis dentro de la misión de la Iglesia, recuerda que la evangelización es una realidad rica, compleja y dinámica, que comprende « momentos » esenciales y diferentes entre sí. Y añade: «La catequesis es uno de esos momentos —y cuán señalado— en el proceso total de la evangelización ». Esto quiere decir que hay acciones que «preparan» a la catequesis y acciones que «emanan» de ella.

El «momento» de la catequesis es el que corresponde al período en que se estructura la conversión a Jesucristo, dando una fundamentación a esa primera adhesión. Los convertidos, mediante «una enseñanza y aprendizaje convenientemente prolongado de toda la vida cristiana», son iniciados en el misterio de la salvación y en el estilo de vida propio del Evangelio. **Se trata, en efecto, «de iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana».**

64. ...

La catequesis de iniciación es, así, el eslabón necesario entre la acción misionera, que llama a la fe, y la acción pastoral, que alimenta constantemente a la comunidad cristiana. No es, por tanto, una acción facultativa, sino una acción básica y fundamental en la construcción tanto de la personalidad del discípulo como de la comunidad. Sin ella la acción misionera no tendría continuidad y sería infecunda. Sin ella la acción pastoral no tendría raíces y sería superficial y confusa: cualquier tormenta desmoronaría todo el edificio.

En verdad, «el crecimiento interior de la Iglesia, su correspondencia con el diseño divino, dependen esencialmente de ella». En este sentido, la catequesis debe ser considerada *momento prioritario* en la evangelización.

LA CATEQUESIS AL SERVICIO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

65. La fe, por la que el hombre responde al anuncio del Evangelio, reclama el Bautismo. La íntima relación entre las dos realidades tiene su raíz en la voluntad del mismo Cristo, que mandó a sus apóstoles a hacer discípulos a todas las gentes y a bautizarlas. «La misión de bautizar, por tanto, la misión sacramental, está comprendida en la misión de evangelizar. Los que se han convertido a Jesucristo y han sido educados en la fe por la catequesis, al recibir los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, «son liberados del poder de las tinieblas; muertos, sepultados y resucitados con Cristo; reciben el Espíritu de hijos de adopción; y celebran con todo el Pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor».

66. La catequesis es, así, elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente al Bautismo, «sacramento de la fe». El eslabón que une la catequesis con el Bautismo es la profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe.

Para lograrlo, la Iglesia transmite a los catecúmenos y a los catequizandos la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe, para que aquellos la hagan suya al profesarla. Por eso, «la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una 'traditio' viva y activa, de generación en generación».

Hasta aquí nuestro comentario del Directorio General para la Catequesis. Habéis podido comprender el lugar que ocupa en todo el proceso de evangelización esta catequesis y que debe llevar hasta una viva, explícita y operante profesión de fe. Es la fe, que es elemento interior del sacramento del Bautismo, elemento interior. Sin este elemento no hay Bautismo.

Me podéis decir: pero nosotros no preparamos a los niños para el Bautismo, que ya recibieron en los primeros años de su vida, sino para la Eucaristía. Bueno, es cierto, os

mostraré que el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía forman una unidad indisoluble. Así que, aunque ya hayan sido bautizados, necesitan alcanzar la profesión verdadera explícita y operante de la fe. Si no es así, su Bautismo permanecerá –digámoslo así– “inactivo” o “desactivado”, no podrá producir los efectos que le son propios y, si no da esos frutos, no tendrá ningún significado la celebración de la Eucaristía. Ésta requiere el Bautismo y la Confirmación vividos con verdadera fe, aunque esa fe sea infantil. Infantil no quiere decir imperfecta, sino sólo propia de la infancia.

Pero, como estamos poniendo la catequesis y los sacramentos en relación con la fe, creo que será preciso que nos paremos un momento para hablar de lo que es la fe. Entender bien qué es la fe resulta fundamental, ya que se trata de llevar a los hombres, también a los niños, de la no-fe a la fe-inicial, primero, y a la viva, explícita y operante profesión de fe después, que requieren los Sacramentos.

II.

La fe es una respuesta a la revelación de Dios. Dios a lo largo de la historia se ha revelado, se ha mostrado y se ha ofrecido al hombre con hechos y palabras. Esta revelación de Dios ha sido progresiva. Él se ha ido revelando y ofreciendo a su pueblo cada vez con mayor profundidad. La revelación de Dios ha ido progresando también en la medida en que su Pueblo, a pesar de los tropicónes y de dar dos pasos adelante y uno atrás, ha ido respondiéndole. Esta revelación de Dios ha sido, pues, progresiva. Por medio de ella, Dios conducía la historia del hombre hacia su plenitud. Y, cuando la humanidad estaba preparada, envió Dios a su Hijo, Palabra y acontecimiento definitivo de Dios en la Historia del hombre, plenitud y fin de la historia, plenitud y fin de la revelación. La revelación de Dios a toda la humanidad ha sido por tanto un diálogo de Dios con su Pueblo. Este diálogo comienza cuando la Palabra de Dios se dirige a Abraham y el obedece y alcanza su plenitud cuando esa misma Palabra se dirige a una hija de Abraham, a María, que también obedece y da carne y naturaleza humana a la Palabra de Dios.

Con la llamada de Dios a Abraham y con la obediencia de Abraham a la Palabra de Dios, comienza este diálogo en el que Dios se revela y el hombre da fe a Dios, es decir, toma por verdadero lo que Dios hace y dice y, sobre todo, se entrega a él. Puesto que Dios se revela para darse al hombre, la respuesta de fe del hombre no es simplemente tener por verdadero lo que Dios dice, sino entregarse también a él.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios se vació. “Este es mi Hijo amado”. Se entrega del todo al hombre. En esto consiste la plenitud de la revelación ¿Qué será entonces la fe? Una respuesta adecuada a este amor extremo de Dios que se ha vaciado hasta el final en la cruz. La fe cristiana nace ante el encuentro con aquel hombre que muere y que resucita. Nace en el alma del hombre al ser ofertada con un amor tan grande. Nace como afirmación de los hechos: Jesucristo es el Hijo de Dios que ha muerto y ha resucitado. Y nace como respuesta al amor que se ha manifestado en esos hechos: “desde ahora corro para ver si consigo alcanzar a Cristo, igual que él me ha alcanzado a mí”, dirá san Pablo.

Desde entonces, desde que el diálogo de Dios con su Pueblo llegó a su plenitud, es decir desde que su Hijo se hizo hombre, vivió como hombre, predicó y llamó a su seguimiento, murió, resucitó, ascendió a la derecha de Dios y envió sobre su pueblo el Espíritu Santo... Desde que María dijo “hágase en mí según tu palabra”, y luego Juan y Andrés lo siguieron; y luego Pedro confesó “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”, y luego lo vieron colgando de la cruz; y luego lo vieron vivo; y luego Tomás, después de meter sus dedos en los agujeros de los clavos, pudo confesar “Señor mío y Dios mío”; y Juan desde la barca dijo señalando al resucitado: “es el Señor”...

Desde entonces la fe es dar por verdadero el testimonio de los apóstoles. Dice san Juan al narrar la muerte del Señor: ***“El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis”***. Pero, si un hombre da por verdadero su testimonio, entonces no puede sino sumarse al movimiento espiritual que es la fe, que no es sino ese entregarse a aquel que antes se ha entregado a nosotros. Antes hacía alusión a las palabras que san Juan pronuncia desde la barca cuando reconoce a Cristo resucitado en la orilla. Él está en la barca con los otros, reconoce a su Señor resucitado y dice: “Es el Señor”. Y dice el evangelio que Pedro se puso la ropa porque estaba desnudo, se tiró al agua y fue nadando hasta la orilla. Este gesto de Pedro de no esperar tranquilamente en la barca, de tirarse al agua y nadar apresuradamente hasta la orilla después de haber escuchado el testimonio de Juan, expresa con una imagen que todos nos podemos representar lo que es la fe. Bueno pues desde los Apóstoles la fe es tener por verdadero el testimonio apostólico y sumarse a esta carrera con que la Iglesia, que tiene a Pedro como pastor, corre tras su Señor a lo largo de la Historia.

Por eso la fe se fundamenta en la verdad, en la verdad que se ha revelado en la historia por Dios y es, a la vez, un movimiento espiritual hacia Dios. Y por eso la fe es un movimiento espiritual ***personal***. Uno decide dar fe o no, correr o no correr detrás de Cristo, pero también es un movimiento ***eclesial***. Nosotros nos incorporamos a la carrera que iniciaron los apóstoles, a la fe apostólica. Más aún nos incorporamos a la fe de María. Más atrás aún, nos incorporamos a la fe de Abraham. Esto lo comprendí en la muerte de mi padre. La fe es eclesial no sólo porque aceptamos el testimonio de los apóstoles que nos llega en la Iglesia, sino también porque nos sumamos al movimiento espiritual con el que la Iglesia corre tras su Señor y, lo que es más importante, alcanza a su Señor. No es nuestra fe personal la que consigue ir más allá de la muerte y de las propias limitaciones y de los propios pecados para alcanzar el seno de Dios, a Dios mismo, sino nuestra fe personal como fe de todo el cuerpo de Cristo que tras su Cabeza, Cristo, alcanza el seno de Dios.

Esto es la fe. Por eso adelantamos ya que hacerse cristiano, dar fe a Cristo, o hacer cristianos, hacer iniciación cristiana, supone sumarse a la vida de la Iglesia. El DGC lo decía bien: ***“Para lograrlo, la Iglesia transmite a los catecúmenos y a los catequizandos la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe, para que aquellos la hagan suya al profesarla”***. En la celebración del Bautismo este sumarse a la fe de la Iglesia, teniendo por cierto lo que ella ha recibido de los Apóstoles y transmite, y participando de su vida, que tiende hacia su Señor resucitado, se expresa en la fórmula de fe interrogativa...

En el primer modelo de situación espiritual que hemos descrito, el niño nacía ya en el seno de la Iglesia, porque su familia era parte de esa iglesia. El despertar familiar era el despertar eclesial y el despertar a la relación con Dios. Por eso, cuando llegaba el momento de recibir los sacramentos sólo era necesario dar un poco de forma a esta fe: haciendo que los niños aprendiesen algunas oraciones, que no eran sino expresión de esta fe; y haciendo que aprendiesen algunas fórmulas –preguntas y respuestas–, con las que se adquiría cierta inteligencia de la fe.

Volvamos ahora a la catequesis y a los sacramentos.

III.

Cuando al comienzo de curso se hizo entre vosotros la presentación del catecismo local *Jesús es el Señor*, seguramente Alberto, el arcipreste, os habló de tres modelos de catequesis: tres modelos cuya distinción parte de la situación espiritual de aquellos a los que se dirige. Retomamos ahora estos tres modelos.

El esquema que vamos a trazar aquí es sólo un esquema y habría mucho que matizar y que decir, pero nos servirá para una primera aproximación.

Primero: una catequesis que se dirigía a niños que desde siempre habían vivido en el ámbito de influencia de una fe que impregnaba toda la sociedad. Dios era una realidad determinante en la vida de la sociedad y de las personas. **Segundo:** una catequesis que se dirigía a niños que habían recibido una idea de Dios que no era realmente influyente en la vida real de la sociedad. Dios había dejado de ser una realidad, había pasado a ser una idea que sólo ejercía cierta influencia en el ámbito del sentimiento, como la guinda de un pastel. **Tercero:** una catequesis que se dirige a unos niños que han crecido en un ámbito donde la idea de Dios es, en realidad, algo sin contenido, sin significado. Dios no significa nada para la mayoría de los hombres, sobre todo en la vida real. Es la catequesis de iniciación de la que hemos hablado comentando el Directorio General para la Catequesis.

Según eso, la **primera situación espiritual** de aquellos a los que se dirigía la catequesis era la de los niños que habían despertado a la vida y a la conciencia de sí mismos al mismo tiempo que habían despertado a una relación con la familia, con la Iglesia, con Cristo y con Dios. Desde el comienzo, desde sus primeros días de vida consciente, la realidad de Dios les era tan inmediata como el padre, la madre o los hermanos. Todavía muchos de nosotros tenemos entre los primeros recuerdos de nuestra infancia la imagen de un crucificado que había en nuestra habitación o la imagen de la Virgen que había en la casa de nuestros abuelos. Yo tengo en la memoria, por ejemplo, como uno de mis primeros recuerdos, las palabras de mi bisabuela sobre Jesús, o el ir de la mano de mis padres a la iglesia de mi pueblo. Todo esto, mucho antes de ir a la escuela y mucho antes de hacer la primera comunión, que hacíamos entonces a los 7 años. La familia, la escuela y la sociedad en general eran lugares donde la realidad de Dios, de la Iglesia, de Cristo era siempre presente. Uno crecía en su propia

conciencia en relación con todas estas realidades y, por tanto, en relación a Dios. Y desde luego, al llegar la edad de la comunión, a pesar de ser tan temprana, la gran mayoría tenía una idea de Dios, grabada en el alma, tan real como la idea de cualquier otra persona de carne y hueso con la que conviviese. Esta era la situación espiritual de la mayoría. Es decir, una situación de fe, de fe infantil pero verdadera.

El despertar familiar era el despertar eclesial y el despertar a la relación con Dios. Por eso, cuando llegaba el momento de recibir los sacramentos sólo era necesario dar un poco de forma a esta fe: haciendo que los niños aprendiesen algunas oraciones, que no eran sino expresión de esta fe; y haciendo que aprendiesen algunas fórmulas –preguntas y respuestas-, con las que se adquiría cierta inteligencia de la fe.

Segundo modelo: una catequesis que se dirigía a una sociedad que había sufrido una división: el ámbito público se independizaba cada vez más de la influencia de la fe cristiana, y ésta quedaba reducida cada vez más al ámbito personal. Al tiempo, la fe que se mantenía en el ámbito personal empezó a mostrarse como una fe débil. La mayoría de los que se decían a sí mismos “cristianos”, que seguían siendo la grandísima mayoría, reconocen también que su fe influye poco o nada en su vida familiar, en su vida social, en su trabajo... etc. Es decir: la fe se separaba de la vida. En realidad esto no era sino el síntoma de una enfermedad más profunda, como la fiebre es síntoma de una infección. El síntoma era que la fe dejaba de ser una fe viva, dejaba de influir en la vida, pero la enfermedad es que ya no había una verdadera experiencia de fe, es decir que ya no se producía el encuentro de los hombres con el Dios vivo y, por lo tanto, su vida no se sentía afectada por Dios, que era ya sólo una idea. Aquí los responsables de la catequesis tomaron una decisión equivocada, a mi modo de ver, porque no fueron capaces de entender el mal que aquejaba a la fe. El mal era que se había perdido hacía tiempo el encuentro con Dios y que desde tiempo la fe se había mantenido sólo como moral. Ahora se empezaba a resquebrajar la vida moral, la coherencia entre fe y vida. Se pensó que lo que había que hacer sencillamente era reforzar esta coherencia. “Coherencia”, “compromiso”, “fidelidad”, “entrega”, “generosidad”... eran las claves de una catequesis que empezó a alargarse justamente para apuntalar un edificio que se venía abajo. Se habló entonces de la catequesis continuada que intentaba que la fe, como contenido de verdad, se reflejase en la vida, se expresase en vida moral. Esto ocurrió tanto en el ámbito de los más conservadores como en el ámbito de los más progresistas. Unos insistían en unos aspectos morales y otros en otros, pero el esquema era prácticamente el mismo. Unos hablaban de “compromiso y coherencia”, los otros de “fidelidad, de generosidad y de entrega”, pero insisto, el esquema era el mismo. El resultado fue la debacle de la catequesis y, por tanto, una gran frustración: muchas generaciones que se han acercado a la Iglesia para recibir catequesis no han verificado en el encuentro con Cristo vivo y se han apartado definitivamente de la Iglesia y de Dios. La idea es: expliquemos bien la fe y las consecuencias morales de la fe. Pero se olvidaron de una cosa: que la explicación de la fe no es la fe y que sólo la fe verdadera produce una verdadera vida cristiana, sólo una fe verdadera provoca fidelidad o coherencia, generosidad o compromiso. Sin la experiencia originaria de la fe todo está perdido. La idea era que la solución es la formación:

hay que formar a los cristianos. Esta idea se ha mostrado falsa, no porque la formación no sea importante, sino porque partía de la premisa de que había cristianos a los que formar, a los que dar forma. Y la realidad es que ya no eran cristianos, sólo mantenían un barniz cristiano que la formación no pudo impedir que se acabase perdiendo.

En esta situación algunos han dado la voz de alarma. Por un lado, dieron la voz de alarma algunos estudiosos, catequetas y teólogos, con su reflexión. Por otro, algunos movimientos posteriores al concilio y curas y cristianos de aquí y de allí, con una nueva oferta de catequesis y de formación cristiana. Pero como no podemos entrar en detalles de la aportación de unos y otros vamos a lo general.

Este será el **tercer modelo**, el de la catequesis de iniciación cristiana, que viene definida por la situación espiritual no-cristiana de la que parten aquellos a los que se dirige y el punto de llegada: la celebración de los Sacramentos de la Iniciación.

A) SITUACIÓN ESPIRITUAL DE AQUELLOS A LOS QUE SE DIRIGE.

La idea es: no basta una catequesis que se entienda como “formación”, ni como formación permanente, es necesario una catequesis de iniciación. La idea de esta catequesis parte del hecho de que la sociedad en la que los niños y los adultos crecen y desarrollan su vida ya no hace referencia a Dios. No está referida a Dios ni en sus instituciones, ni en sus leyes, ni en nada. Más aún, muchas veces, muestra una gran oposición a Dios, a la idea cristiana de Dios. Y, ¿cuál es la idea cristiana de Dios? –La idea de un Dios absoluto, que es el creador de todo, el principio y el fin de todo, que es el fundamento de la verdad de todo y el verdadero sentido del hombre, de la sociedad y del mundo, del universo. La sociedad actual enseña con sus poderosos medios que el hombre es el artífice de sí mismo. El hombre no tiene ninguna verdad a la que responder, sino sólo a su propia voluntad. El hombre debe ser lo que quiera ser: quiere ser varón, pues varón, aunque haya nacido niña. Lo contrario, pues lo contrario, quiere clonar embriones humanos y usarlos como almacén para “reparar” a su hermano, pues lo hace. No hay límites, no hay verdad previa a la que el hombre deba atenerse. El hombre fabrica la verdad. La verdad es lo que el hombre es capaz de fabricar. Esta es la idea fundamental con la que son educados los hijos de esta sociedad. Dios no existe y si existe es una idea vacía que no significa nada, absolutamente nada. La idea de Dios ha desaparecido, al menos la idea cristiana de Dios. Para algunos aún existe la imagen del Cristo de su pueblo o de la Virgen o tienen una idea propia de Dios, pero no el Dios absoluto. Así aún se mantiene el culto: bautismos, comuniones, bodas, entierros, fiestas patronales, procesiones de Semana Santa, pero como ritos y costumbres aislados, no como expresión de la verdad absoluta a la que el hombre y la misma sociedad han de plegarse. Pero eso no es el cristianismo. Tertuliano ya manifestaba la diferencia entre el cristianismo y las religiones paganas dominantes en su época: “el cristianismo no es costumbre, sino verdad”. Pero, insisto, para el mundo moderno, la verdad no es algo a descubrir en el mundo y sus leyes naturales, o en la conciencia del hombre, sino a fabricar.

En esta situación no basta, por ejemplo, enseñarles a los niños lo que significan las verdades de la fe que están contenidas en el Credo. Eso no sirve de nada, si no conseguimos provocar en ellos la experiencia de la fe, el encuentro con Dios. No basta con dar forma a la fe, *formar* la fe, sino que es necesario primero provocarla y luego configurar a la persona con Cristo. Éste es el intento de la catequesis de iniciación cristiana.

Como podéis entender, por lo que hemos dicho, la catequesis de iniciación es una pedagogía de la fe. Y justamente por eso, su pedagogía depende de la pedagogía de la Revelación, es decir, de la pedagogía con la que Dios ha provocado la fe de su pueblo, la ha hecho crecer a lo largo de la historia y la ha llevado a su plenitud con la Revelación de Jesucristo.

Vayamos, por último, a ver el otro elemento del proceso de fe. Hemos hablado de la catequesis, vayamos ahora donde se completa la iniciación cristiana, donde se culmina el proceso de fe, es decir, a los sacramentos de la Iniciación.

B) LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN

Ya sabéis cuáles son estos sacramentos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Ahora, ¿por qué se les llama “de iniciación”? Aquí “iniciación” no significa “preámbulo”, “mera preparación”, o algo así como una etapa primera que luego deja paso a lo realmente importante. Nada de eso. Muchas veces habéis oído que la Eucaristía es la cumbre y la cima de la vida cristiana. Así que al hablar de la Eucaristía como del tercer sacramento de la iniciación cristiana no podemos estar hablando de una etapa previa. Más bien hay que entender este término en relación con otro término griego, “mysterion”, que los primeros cristianos utilizaron para expresar la participación de los cristianos en el ser y en la vida de Cristo. Los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía nos hacen participar del ser de Jesús (ungido e Hijo) y de su vida, muerte y resurrección. En ese sentido los sacramentos nos hacen cristianos, nos dan una vida nueva, la vida de los hijos de Dios, y en ese sentido son llamados sacramentos de iniciación. Pero la vida a la que nos dan paso será una forma de vida que no será superada hasta que no lleguemos a participar en el cielo de la vida eterna.

Por tanto, los sacramentos de la iniciación nos hacen participar de la vida de Cristo, de su muerte y resurrección, de su “ser Hijo de Dios”, de su santidad, de su obediencia a Dios. Por eso el papa Juan Pablo II dijo en la *Nuovo Millennio Ineunte*, 31: ***“Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno “¿quieres recibir el Bautismo?” significa preguntarle “¿quieres ser santo?”. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos, como es perfecto vuestro padre celestial”.***

Bien, los sacramentos de la iniciación cristiana son tres: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Así, en esta unidad los muestra el Catecismo de la Iglesia Católica, en esta unidad y en este orden. No se llega a la iniciación cristiana con uno o dos de ellos, sino con la unidad de

los tres. Y esta unidad tiene además un orden orgánico. Este orden también lo muestra el Catecismo, cuando dice: ***“los fieles, renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y, FINALMENTE, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna, y, así, por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben cada vez con más abundancia los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad”*** (nº 1212). Éstas son las palabras con que el Catecismo de la Iglesia Católica introduce la exposición sobre los tres sacramentos.

Pero os voy a leer ahora las palabras con las que introduce concretamente el Bautismo, luego la Confirmación y, por último la Eucaristía.

Del Bautismo: ***“...liberados del pecado y regenerados como Hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión...”*** (1213)

De la Confirmación: primero dice que ha de ser salvaguardada la unidad con el Bautismo y la Eucaristía. Y luego dice que la Confirmación une a los bautizados ***“más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con la fortaleza especial del Espíritu Santo”*** (1285).

Y de la Eucaristía: ***“culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor”*** (1322).

Pues bien, nuestra práctica sacramental debe ir ordenándose conforme a lo que los sacramentos son y al orden orgánico que hay entre ellos. Y la catequesis ha de hacer progresar la fe hasta llevarla a la celebración fructífera de estos sacramentos. Esto es la iniciación cristiana y la catequesis de iniciación cristiana.

Quedarían algunas cosas importantes por tratar para comprender qué es la Iniciación Cristiana, entre ellas, las tareas de esta catequesis de iniciación y, sobre todo, la pedagogía propia de la fe que implica esta catequesis. No es éste un tema sencillo, porque implica conocer bien la pedagogía de la Revelación y la naturaleza de la Tradición. Son temas que trataremos en otras ocasiones.

Enrique Santayana Lozano
Director del Secretariado de Catequesis de la Diócesis de Getafe
y delegado para el Catecumenado